

LA INCERTIDUMBRE

Por E. Armstrong

Incertidumbre es una palabra que carga demasiadas connotaciones negativas, ya que la relacionamos con estar bajo un riesgo, temor, o ante una amenaza inminente. Además, nuestro cerebro ordena los pensamientos dando preferencia a lo que nos ofrece las mayores certezas, sugiriendo evitar o intentando eludir aquello que se aleje de mostrar resultados ciertos o más probables. De este modo, ante la natural incertidumbre que muestran las cambiantes situaciones a las que nos vemos expuestos durante la vida, el ser humano busca las respuestas que lo ayuden a tomar sus mejores decisiones frente lo que le parece un riesgo inminente pero deseado, para alcanzar un objetivo mayor. Entre sus opciones acuden a las que le merecen mayor confianza, entre las cuales hay diversidad y divergencias tan extremas como las que apreciamos entre quienes creen en la magia, el azar, el cálculo de probabilidades o las religiones. En el extremo, hay quienes ven la vida misma como un fenómeno causado por el caos, donde no existe orden ni certeza alguna, y los resultados finales observables no son para ellos más un que un asunto de azar y probabilidades donde no habrían consecuencias de voluntades o de alguna forma sentido, ya que ambas opciones aluden a la existencia de un orden superior a lo medible u observable.

Sin embargo, es muy diferente la vida vista como un desorden o como un orden, lo que mantiene consecuencias directas al influir el sentido de responsabilidad y compromiso del ser humano, sobre sí mismo y la sociedad. Porque, ¿en medio de un caos o del mismo azar, o de una vida sin Dios, qué sentido tendría sostener una conducta responsable a un alto costo personal o social? Sin embargo, la teoría del caos se cae por sí misma, ya que quienes la sostienen utilizan métodos teóricos ordenados para expresar sus fundamentos, postulados y teorías matemáticas. En otras palabras, a

quienes defienden esta teoría, también les parece imposible explicar una teoría del caos a partir de fundamentos caóticos.

Por otro lado, nos asisten las dudas acerca de la realidad objetiva en los alcances del término certeza, en cuanto a que mucho de lo que habitualmente creemos seguro no lo es, o lo que pensábamos que era cierto y finalmente no lo era, o tantas ocasiones en las cuales pensamos actuar en base a una certeza en que finalmente nos vemos expuestos a lo impensado o inesperado. O sea, nos podemos ver afectados por incertezas o imprevistos no considerados, aún cuando pensábamos estar actuando seguros de lo que hacíamos, lo cual nos lleva a definir un término más específico: certeza absoluta o relativa. $2+2=4$ es una certeza absoluta, como el resultado de tratar de agradar es una certeza relativa, ya que no siempre podremos ser bien recibidos o prever resultados. Sin embargo, la vida misma no es suma y resta, y siguiendo al ejemplo anterior, el valor de tratar de agradar, aún con todo el riesgo que conlleve, es superior y justamente por lo mismo, ya que muestra aceptar una incerteza por un sentido superior.

El orden natural que nos rodea es una realidad empírica, visible o perceptible, lo cual hace factible ver y medir hechos o consecuencias con algún grado de precisión bastante aceptable. Este proceso se utiliza justamente para enfrentar situaciones de incerteza matemática buscando mayores certezas acerca de causas variadas y probables consecuencias. Pero ninguna explicación nos parecerá suficiente cuando enfrentamos una incertidumbre ante lo que nos podría afectar adversamente, de lo cual se desprende nuestra negativa disposición hacia ella y preferencias por lo que se nos muestre como mas seguro. En otras palabras, hay situaciones en las cuales nuestras decisiones no se basan en el porcentaje de riesgo involucrado, ya que no estamos dispuestos a nada en algunos casos, pero en otros, estamos dispuestos a actuar independientemente del grado de riesgo involucrado. En cuanto al proceso mental esta es una situación visible por todos y aceptada, ya que una voz interna parece advertirnos del peligro de creer actuar en base a certezas, como si ello hiciera posible que despreciemos valiosas oportunidades que no podremos encontrar entre nuestras seguridades y certezas.

La certeza es el encuentro con una verdad, pero también la ilusión de creer posible capturar lo indefinible. Ya que puede no ser lo objetivo lo único que defina los aspectos y objetos que rodean nuestra existencia, si no que estemos rodeados de algo superior, lo subjetivo, comprendido como la forma o el significado y sentido que damos al objeto. Según lo cual, todo lo

que apreciamos existe para ser determinado por el ser, quien es señor de sus actos, en cuanto es la persona quien determina el sentido final que le otorgará a los sujetos y objetos que con su vida pueda tocar. Enfrentamos dos visiones aparentemente contrapuestas: ¿la realidad es objetiva independientemente del sujeto afectado por ella, o es subjetiva, al depender del sentido que este le dé? Una pregunta que ha enfrentado a los filosofos en la historia: ¿la verdad es objetiva o subjetiva? Pero en ambos casos, hay otra posibilidad que descarta el enfrentamiento de posturas, cual es que ambas sean válidas y ciertas, según la cual se hace indispensable referirse de forma explícita al alcance del término utilizado, ya que habría una realidad objetiva, cuya existencia ocurre independientemente de nosotros, y otra subjetiva, la cual se refiere a los aspectos de la realidad donde nuestros actos permiten un grado de consecuencia, influencia o cambio.

Si la vida es sinónimo de cambio permanente, en todos sus aspectos, como hechos ocurrentes o las posibilidades ante las consecuencias por las propias libertades individuales, la incertidumbre aparece como alternativa a los comportamientos y respuestas que evaluamos como posibles, pero donde los resultados implican mayores variables y riesgos a considerar. En otras palabras, no puede haber incertidumbre donde no hay libertad, de lo cual se desprende que ambas actúan unidas: a mayor libertad, mayor incertidumbre.

Y es aquí donde comienza la visión de aspectos en los cuales sumergirnos podrían alterar nuestra forma de ver la incertidumbre, ya que ella aparece como la consecuencia directa del grado de libertad que disponemos y no como una forma de opresión que se cierne sobre nuestro futuro. He abordado en varios títulos este tema, en que no es posible expresar el amor en un medio sin libertad, según lo cual, y sumado a lo que hemos visto, podemos decir con tranquilidad que la presencia del amor únicamente es posible ante la incertidumbre. Ocurre de esta forma ya que es la incertidumbre, por medio de los riesgos que implica la acción voluntaria, la que da oportunidad, valor y sentido al amor. Aclaro que el amor no depende ni se limita a la condición de incertidumbre, y es la incertidumbre la que nos permite acceder a diversas formas de manifestar nuestro amor, al dar valor agregado al acto de voluntad que deseamos emprender por un sentido superior -superior a lo que nos beneficia, como puede ser dar, perder, o sacrificar algo por otro-

La relación entre el amor y la incertidumbre es digna de merecer nuestro tiempo y atención interior, ya que sin una oportunidad el amor no puede existir para nosotros. El amor no tiene sentido en la certeza, ya que es el

amor lo que viene a darnos certeza en medio de las incertezas o incertidumbres.

Algo similar lo podemos apreciar cuando observamos en la realidad al sentido de lo imperfecto: ya que, si la vida es cambio constante y permanente, la supuesta ocurrencia de lo perfecto entre lo perfecto carecería completamente de sentido, ya que contradice el significado y la riqueza implícita del cambio. Según lo anterior, la máxima de la perfección ocurre cuando es posible apreciarla desde lo imperfecto, cuando su sentido es el de la perfección.

Para terminar este desarrollo un tema final, siguiendo la tesis anterior podemos concluir que la máxima expresión de la perfección de Dios la podemos ver en Cristo: ya que Dios, al hacerse Hijo, y manifestarse como hombre, está explícitamente señalando el valor que tiene toda vida, como la que todos llevamos y que a menudo tan poco valoramos.

En cierto aspecto, la incerteza forma parte vital de la vida, en la cual también representa una maravillosa invitación para que podamos reconocer lo que somos y, si lo deseamos, expresar ese amor que todos llevamos. Según esto, aprender a convivir con las incertezas es una parte esencial de nuestro aprendizaje y necesario para el crecimiento personal. Las máquinas son las que procesan y operan en base a sus limitadas certezas, en cambio, el ser humano, puede vivir en base a incertezas lo cual es muy diferente y le abre los caminos hacia una realidad superior e ilimitada.

La sociedad modernal ofrece abundantes certezas donde no las hay, por lo que quizás debiera integrar a la educación juvenil programas de enseñanza para aprender a vivir mejor entre las incertezas que nos muestra la realidad; enseñando a valorar su riqueza y significado mas completo, como mostrar que ellas difícilmente representan peligros o riesgos, como si lo pueden llegar ser nuestras propias o precipitadas decisiones ante ellas. En otras palabras, temer a la vida, a sus cambios e incertidumbres, no tiene sentido, pero si lo tiene temer ante nuestras propias decisiones tomadas en ausencia de amor, ya que es nuestro amor lo que realmente cambia y puede mejorar todo lo que hagamos, incluyendo a nuestros errores, excesos o desaciertos.

- La incertidumbre es, en otro aspecto, una invitación a la curiosidad, comprendida esta como el impulso natural que llama a satisfacer una necesidad de conocimiento; como por ejemplo, acerca de sentirnos apreciados o reconocidos por las habilidades o capacidades, o acercarnos

los límites que marcan las posibilidades en diversas áreas de la vida, y en general, acerca de conocer todo lo que pueda afectar mi vida de alguna forma. En este aspecto, notamos que la curiosidad está ligada de muchas formas a la búsqueda de autoestima o de autovalorización, como lo vemos en las conductas ante las diversas formas de tantas expresiones afectivas, que nos exigen prudencia inicial y luego mesura, determinada por los efectos visibles de mis acciones en el otro, el motivo del acto afectivo. La curiosidad, en ese sentido, también refleja el interés por buscar respuestas que disminuyan nuestras incertidumbres.

La incertidumbre por lo tanto, puede representar lo indeterminado, afectándonos por igual, sea esta una percepción objetiva o subjetiva. Luego, quizás debiéramos reconsiderar ¿qué es lo que determina al objeto? ¿Su estructura, su forma exterior, su posición? Al parecer ninguna de las características propias observables o perceptibles de un objeto lo determinan realmente, y lo objetivo o empírico, se muestra como una simple parcialidad, verdadera y en ocasiones útil, pero que al estar carente de sentido su identidad también. Ningún objeto o circunstancia mantiene sentido propio o por sí misma, ya que es el ser quien da sentido a todo lo que lo rodea. En otras palabras, un objeto o hecho, fuera de su medio o contexto, habitualmente carecerá de sentido o al menos, este puede ser muy diferente.

Esta realidad espacial de la existencia parece apreciarse en todo nivel, microscópico, material, inmaterial, espiritual, universal o interdimensional -lo que ahora llaman algunos multiverso-. Si la realidad es más subjetiva de lo que nos parece inicialmente, ¿será posible que entre lo que nos parecía subjetivo exista lo objetivo?

Lo objetivo se refiere a lo verdadero, lo que es y será, lo que permanece y lo ausente de cualquier duda o incertidumbre alguna. Algo así no parece ser de este mundo. Pero quizás así lo sea, y esté a nuestro alcance permanente, en todo momento, pero sin que lo podamos ver aunque si reconocer, cuando nuestra voluntad se anticipa y predispone a ello. Parece un absurdo, según lo anterior la gran mayoría de las certezas que creemos ver o tener en nuestras vidas no serían más que incertezas o simples ilusiones. Y de ser así, al vivir de ilusiones viviremos desilucionados.

Lo anterior podemos verlo en el tiempo, ya que hoy, frente a los veloces cambios nos parece más fácil apreciar lo efímero de tantas anteriores supuestas certezas. Hay explicaciones, como por ejemplo lo que vemos en

las comunidades más sencillas donde el tiempo parece transcurrir más lento, y por eso, la mente tiende a estar más conforme con las certezas sociales o culturales, las que parecen más permanentes, dificultando o haciendo carente de sentido el cuestionarse sobre su autenticidad. La mente requiere de certezas sobre las cuales apoyar sus razonamientos, es un asunto de mecánica del pensamiento, y tan vital, que donde no hay certeza objetiva, la mente la construirá y la razón la aceptará como propia. Las certezas son el apoyo de la razón, por lo que la vida, en este aspecto, parece tratarse de la búsqueda personal de aquello que nos da mayor certeza, para que en consecuencia pueda sostenernos y proyectar nuestra existencia más allá de lo personal; y en ese proceso, llegar a reconocernos al saber quienes somos realmente.

¿Y cómo encontramos a lo que no podemos ver pero sí reconocer, porque no es nuestro, pero que siempre está a nuestro alcance, con nosotros y en nosotros? La respuesta supera a la ficción: en el prójimo. Es en el otro, en nuestra sensibilidad y respuesta ante sus carencias y necesidades que podemos ayudar a cubrir colaborando o haciéndolas nuestras, donde podemos encontrar y reconocer la única certeza y la mayor verdad objetiva que podremos alcanzar: nuestra ilimitada capacidad de amar.

Es el amor lo opuesto al desorden, al caos, y a la incerteza; es el amor lo que nos permite superar los temores y remordimientos, las limitaciones y carencias, los errores y horrores cometidos. Y esto lo podemos ver en toda la existencia. Por ejemplo, en la *Teoría del caos* como fuente de la vida, se representan avanzadas formas de relacionar datos en función de cálculos complejos de probabilidades. Sin embargo, entre un % de probabilidad y una certeza, la distancia siempre permanecerá como una incertidumbre. Es cierto que podremos aumentar la probabilidad de éxito, siempre; pero hablar de certeza es otro asunto, y ante las diversas situaciones materiales o físicas, irreal. Si hasta las leyes de la física son objetivas en la medida que se disponga de las condiciones para que se cumplan; o sea, cambiando estas o no se cumplen o cambiará la consecuencia esperada.

En lo no físico ocurre algo similar, por ejemplo ante la responsabilidad subjetiva, que nos indica *hacer lo posible*, y la responsabilidad objetiva, comprendida como el *responder por lo causado*. En materias legales, o mejor dicho, aún si la ley obliga a responder por lo causado, si no se disponen de los medios esto no será posible y las pérdidas irreparables. Y todo ocurre aún cuando para la ley existe o se exige solamente la responsabilidad objetiva, la cual es posible de dimensionar y de cuantificar; mientras que por

otro lado, para el amor, lo real es la responsabilidad subjetiva, en la cual hacer todo lo posible es su máxima. Vemos nuevamente aquí, como lo objetivo deja de serlo -o nunca lo fué- y cómo lo subjetivo, al menos en el aspecto señalado, es lo real y auténticamente verdadero.

Otro aspecto de la incertidumbre lo representan las posibles o probables desviaciones de nuestras conductas a las cuales estamos expuestos al enfrentar situaciones complejas sin los recursos básicos o mínimos para el discernimiento bajo presiones, como lo es el aprecio por los valores y principios o el aprecio a lo que se tiene o se es como persona. Sin recursos básicos, la incertidumbre puede causarnos sentimientos de inseguridad, angustia, temor o dificultades que se muestren como desiluciones o frustraciones donde realmente nos cuesta llegar a distinguir entre la realidad subjetiva y la objetiva. Por ejemplo, las dificultades para discernir ante los problemas, dudando si hacerlo ante sus manifestaciones o sus causas, es una materia que frecuentemente hace una enorme diferencia, pero damos preferencia a juzgar por las manifestaciones y consecuencias, eludiendo las dificultades mayores que representa la mayor incertidumbre de buscar encontrar el origen y causa de lo que nosm ocupa. Por ejemplo, un adicto lo es por voluntad ciertamente, pero inicialmente ¿fue su libre voluntad la que lo condujo a este camino o una voluntad reactiva, ante la sentimientos de desesperación por dificultades y padecimientos angustiosos que se vieron sin una salida? La voluntad depende de la libertad y, como esta, puede ser una expresión de múltiples situaciones que la condicionan en múltiples medidas; esta es situación tan natural que merece ser considerada para no estar tan dispuestos a juzgar, como a ser compasivos y comprensivos de la realidad ajena que muestra sus padecimientos. Las adicciones como los errores y faltas cometidos crean dependencias ciertamente, pero hacerse esclavo no es un placer para nadie, por lo cual, ante tal contradicción aparente, necesitamos no perder de vista nunca a las probables causas de esos hechos que ahora buscamos corregir, solucionar o ayudar. En otras palabras, hay múltiples ocasiones donde el aparente camino mas largo y dificultoso, el que vemos con las mayores incertidumbres, es el mas realista y el cual nos ofrece las mejores y mayores opciones.

En todos, hay necesidades básicas humanas las que de no ser satisfechas nos conducen a comportamientos extremos y difíciles de comprender por quienes han disfrutado de una mejor vida, donde las necesidades básicas estuvieron bien cubiertas. Pero esto no significa que las dificultades sean menores o mayores en uno u otro grupo, ya que la vida no se trata de cuanto tenemos, si no que de cómo vivimos, con lo que tenemos.

¿Aprender es conocer o comprender? ¿Que es reconocer? ¿Qué relación tienen estos conceptos o palabras con la incertidumbre?

La ausencia de conocimientos ciertamente invita a mayores incertidumbres, como las experiencias nos permiten sentir y comprender lo que creemos conocer. De este modo, comprender, ¿es alcanzar la certeza o simplemente cambiar el nivel de nuestras incertezas? ¿Acaso al comprender no estamos frente al preludio de utilizar nuestro poder de transformar? Y el poder de transformar, ¿acaso no es el preludio del olvido? Del desprecio por lo que se tiene o posee, lo cual, ¿al no ser ya novedoso tendemos naturalmente a darlo por sentado? Es difícil reconocer nuestros desprecios, los que no reconoceremos hasta que su ausencia sea sentimiento de pérdida, y esta, el inicio del arrepentimiento que nos invitará al siguiente renacer, a la siguiente y quizás mayor incertidumbre.

El orden natural que forma y rodea la vida nos otorga la posibilidad de proyectar mentalmente las realidades hacia donde deseamos ir, para alcanzar su comprensión o para poseerlas. Las proyecciones mentales son abstracciones que proyectan una realidad en otro tiempo o circunstancia, son procesos naturales del pensamiento realizados a partir de un orden lógico, código, regla o secuencia establecida por la comprensión inicial que tengamos de lo considerado conocido. Por lo mismo anterior, es vital apoyar nuestras proyecciones mentales con un mayor estado de conciencia, y, de esta forma, disponer de dos juicios y no de uno sobre lo que nos interesa. El estado de conciencia depende de la forma en que hubiéramos ocupado nuestra voluntad, proviene del alma a la cual accedemos por medio del pensamiento y del lenguaje, mediante el cual proyectamos imágenes sobre hechos y razonamientos. Y es en el alma donde encontramos nuestras mayores certezas, al reconocer nuestra relación personal con el amor que llevamos en nuestro interior y por medio del cual podemos siempre dar formas con sentido trascendente a todo lo que nos ocurre a nosotros o a otras personas.

Por esa causa, la Iglesia ha ofrecido el sacramento de la Confesión, por medio del cual accedemos a la posibilidad de limpiar el alma de aquellas cargas que nos pesan, haciéndonos ver con mayor dificultad las maravillas de la propia vida, de estar vivo, de poder compartir el amor que tenemos. Y como el estado de conciencia después de la muerte es mayor, desprendemos en consecuencia que es mejor morir liberados de aquellos lastres que dificultan nuestro diario vivir. Mas información al respecto en el libro Los pilares de la felicidad.

El amor no termina las incertidumbres, las determina a su limitada y justa medida al permitirnos reconocer sus efectos, sus formas y su infinita trascendencia. El estado de conciencia refleja el estado de nuestra alma, y por lo tanto, el grado de acceso que disponemos al amor que podemos brindar. El amor, es la energía del alma que busca tocarnos desde nuestro futuro.

Y es en este sentido, que el amor nos acerca a la paz, a esa paz que nos aleja de las incertezas o al menos, de vivir dependientes y preocupados de las incertezas. El estado de conciencia, en este aspecto, es el estado de nuestras certezas acerca de la presencia del amor en nuestra propia vida.

La incertidumbre, ¿pesadilla o maravilla? Quizás necesitamos darnos cuenta de que más que de la circunstancia, todo depende de la misma persona.